**Normalidad**

**Alejandro Ortiz Cotte**

Una de las palabras más usadas actualmente en el mundo y por ende en México es: ***normalidad***. La gente la anhela como si ya no la tuviera y espera la orden de volver a sus brazos “cuando esto acabe”. Se habla incluso de una nueva normalidad, frase esperanzadora pero contradictoria en sí misma, no puede haber normalidad cuando ocurre una novedad. Lo que se tenía que haber dicho era “la nueva cotidianidad”, pero parece no importar, la frase funciona para las autoridades y para la mayoría de la población.

Saltando esta *pecata minuta*, parece que la frase “nueva normalidad” busca decir que volveremos a la normalidad de una nueva manera: en fases y etapas, teniendo como presupuesto de fondo que todo cambió por el coronavirus. No lo creo así. Creo que en buena parte nada ha cambiado de fondo y solo se está en la ambigüedad del “mientras tanto” que permite algunas modificaciones, pero nada sustancial. Este limbo social ha producido variaciones ligeras: nos estamos habituando a pequeños cambios por las nuevas reglas sociales que tenemos que realizar, como los saludos, por ejemplo; además estamos teniendo que asumir nuevos protocolos para la convivencia pública y laboral, las “sanas distancias” las estamos utilizando en ciertos espacios: tiendas, templos, bancos, escuelas, etc.

Pero lo preocupante es, que pase lo que pase con el virus, las grandes corporaciones tecnológicas, financieras, y farmacéuticas y algunos políticos corruptos utilizarán lo mejor posible la pandemia para lograr sus objetivos y plantear a las sociedades nuevas formas de existir, que para ellos implica, entre muchas otras cosas, **nuevas formas de comunicación social**, que significará la utilización de la tecnología 5G evitando la discusión que iniciaban algunos grupos sociales sobre sus posibles consecuencias cancerígenas, convirtiéndola con la ayuda de una buena mercadotecnia en la gran solución, claro, más costosa, para el malestar social del “mal internet” que se tiene ahora, que no da abasto para una vida social con el home office. Se adquirirán “planes más poderosos en internet”, que a su vez conllevará adquirir todos los dispositivos necesarios para vivir esta nueva utopía digital. Las clases sociales se distinguirán por la digitalización de sus casas. **Habrá nuevas formas de comprar**, no desaparecerán los centros comerciales, pero si se fortalecerá el comercio en línea. Pregunten a Amazon que ha ganado en una semana de abril $11,000 dólares por segundo según la BBC. Se ha enseñado –forzosamente- a comprar en línea de forma educada y pedagógica, de modo que podamos evitar esas compras de pánico que hacen ver tan mal a la gente creando desabasto de papel higiénico, gel antibacterial y otras cosas. Esto ya lo aprendió la clase media, que le perdió el miedo al WIFI y ya compran por internet, de modo que los mercados informales podrán ir desapareciendo como deseaban muchos empresarios y políticos que se alían para embellecer los centros históricos y limpiar al país, ignorando que gracias a ellos y a los migrantes el país no explota. Implicará a la vez el **reforzamiento de la desconfianza social**, solo basta un estornudo para odiar al vecino. El odio, la ira, el enojo que ya estaba acumulado en los cuerpos y corazones de muchos habitantes de este mundo, se ha fortalecido por el encierro pandémico. Los vecinos se pelean por internet, las personas se insultan por las redes sociales, las familias reconocen que no se soportan y que el salir se vuelve indispensable para salvar la unidad familiar, los maridos golpean a las mujeres y la violencia intrafamiliar crece desbordadamente, los suicidios crecen, la depresión reina como nunca. En estos tiempos se ama más a un gato que a una persona. Esta sociedad que se está desgarrando y deshilvanando beneficia a pocos que quieren sociedad rotas y nada solidarias. **En esta nueva realidad emergen nuevos actores: las farmacéuticas, las aseguradoras y los grandes emporios de farmacias populares**. Se calcula que seremos un mundo enfermo a conveniencia de unos. Se habla de la era postpandemia, una nueva era donde la salud será el objetivo de la vida regulada y administrada por estos actores globales que hemos anunciado. La salud será el horizonte a llegar, no la cotidianidad de todos. Estaremos más enfermos, durante más tiempo y más fuertemente. Las políticas públicas serán necesarias para crear este mundo distópico. Un ejemplo de que ya está sucediendo: según una noticia de hace unos días la OMS menciona que al menos 80 millones de niños menores de un año corren el riesgo de contraer enfermedades como la difteria, el sarampión y la poliomielitis como consecuencia de la interrupción de la inmunización sistemática por la pandemia de la COVID-19.

El mundo no quiere cambiar. No les mueve ni la portada del New York times donde ponen los nombres reales de los cerca de 100,000 muertos en Estados unidos, ni el saber que han muerto en el mundo cerca de 400,000 personas. Simplemente no quieren cambiar. Estamos demasiados habituados a vivir “normalmente” comprando, destruyendo la naturaleza (“sin querer” como se dice), respetando poco al otro. Se sigue realizando lo que normalmente se hace en el mundo: matar (en México en el mes de abril hubo 2,492 homicidios dolosos, dato “normal de acuerdo a los meses anteriores), deportar inocentes (Estados Unidos que deportó a sus países de origen, y sin ningún detalle de misericordia, a más de 1,000 niños desde este marzo) olvidar a los más ancianos (en España los bomberos encontraron 62 ancianos que murieron en completa soledad entre marzo y mayo de este año), vivir sin conciencia social (como los norteamericanos que en este reciente *Memorial Day* abarrotaron las playas y balnearios), entre otros ejemplos “cotidianos” y normales”.

Sin embargo, también siguen existiendo, como antes de la pandemia, actos heroicos y notables, como la de los doctores/as y enfermeras/os que día a día arriesgan su vida y dejan su cercanía con sus seres queridos por atender a sus pacientes, mucho de ellos malagradecidos; actos de resistencia de miles de comerciantes que creativamente se reinventan cada día de esta larga pandemia para sobrevivir, así como las pequeñas y medianas empresas que convirtieron sus negocios a una velocidad increíble en servicios a domicilio para mantenerse a flote o esas instituciones que no quieren despedir a nadie, aunque las finanzas no vayan nada bien. El ejemplo de las madres latinoamericanas que siguen buscando a sus hijos e hijas en los desiertos de nuestro país, arriesgando su propia vida ahora además por el virus. El virus pudo con todo menos con la rebeldía latinoamericana. Al principio la pandemia hizo lo que no pudieron los gobernantes: parar las manifestaciones. En todo el continente, las protestas se debilitaron, disminuido o hasta desaparecido, sin embargo, al no desaparecer las causas que las originaron: asesinatos, feminicidios, juvenicidios, corrupción, injusticias y desapariciones forzadas, la gente vuelve a la calle a gritar y a exigir justicia. Se pide internacionalmente por la vida y derechos de las personas de color en Estados Unidos empujados por el asesinato de George Floyd o por el asesinato del albañil Giovanni, en Guadalajara, México, por no usar cubre bocas y comer en la calle.

Creo que sólo desde estos últimos ejemplos y desde la recuperación del dolor de las víctimas por el COVID 19 es por donde podemos empezar una “nueva normalidad”, solo desde ahí se podrá. Si no hay esta conciencia, la pandemia solo habrá servido a las grandes corporaciones para mantener su poder y dominio global una vez más.